

La fe, el amor y la esperanza: las tres columnas invisibles que sostienen la vida humana

Gilberto Urrutia

Así como la bóveda celeste del universo está apoyada sobre unas columnas invisibles que la sustentan, la vida humana está sostenida igualmente por tres grandes pilares espirituales que son igualmente invisibles: el amor, la fe y la esperanza.

La visión de la eternidad se apoya en la fe, es impulsada por la esperanza y se nutre continuamente de la llama eterna del amor de Dios.

Si utilizamos el lenguaje de los navegantes con el fin de describir la frase anterior en forma alegórica, se podría decir:

El amor de Dios, cual viento espiritual inagotable, está soplando siempre.

Sólo tenemos que desplegar las velas de nuestra fe, para que con la viva esperanza como navío, naveguemos sin temor alguno en el tempestuoso mar de la vida, rumbo a las playas eternas de nuestra patria celestial.

El verdadero norte del mensaje evangélico cristiano es y será siempre Jesucristo, porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Sólo Jesús promete respuestas insuperables para los tres anhelos más relevantes de la vida de todo ser humano:

- Saber que será de nuestra existencia, después de ésta vida terrenal pasajera
- el deseo de conocer la verdad absoluta
- el anhelo de ser eterno.

Jesús al ser el camino hacia el Reino de Dios, es la razón de ser de nuestra fe. Jesús al ser la verdad (hijo de Dios Todopoderoso), es el origen y la fuente del amor. Jesús al ser la vida eterna, es el objeto de nuestra esperanza.

En vista de que estos tres ardientes anhelos de cada ser humano han de ser cumplidos en la eternidad, se hace absolutamente necesario en la proclamación de la fe, que vinculemos constantemente nuestra vida terrenal con las realidades eternas que nos esperan después de la muerte.

No se puede proclamar el evangelio convincentemente, sin hablar de la eternidad y sin establecer la conexión de las promesas de Jesús plasmadas en la Biblia con el Reino de Dios en los Cielos.

La fe, la esperanza y el amor como potencias espirituales sostienen nuestra vida espiritual, y como pilares que son, deben seguir siendo firmes y robustos. Sólo con la mirada puesta fijamente en la vida eterna en el reino de los Cielos, podemos nosotros los creyentes, contribuir al fortalecimiento efectivo de nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza.

La esperanza

Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo.

Romanos 15, 13

La historia de más de 2000 años del cristianismo no es sólo la historia de una fe religiosa, de sus fieles y de las iglesias o congregaciones, sino sobre todo la historia de la esperanza cristiana de la salvación, que se basa firmemente en la obra

redentora, la intercesión de Jesucristo y en su promesa de la vida eterna para los creyentes.

Así dice San Pablo magistralmente:

Porque solamente en esperanza estamos salvados. Ahora bien, cuando se ve lo que se espera, ya no se espera más: ¿acaso se puede esperar lo que se ve? En cambio, si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con constancia.

Romanos 8, 24-25

La fuerza vigorosa, la propagación y el crecimiento del cristianismo en el mundo desde sus inicios hasta la actualidad, se ha sustentado y se ha nutrido de ese maravilloso encuentro del ser humano con Dios, el Dios eterno, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra; pero sobre todo se ha nutrido del encuentro con esa esperanza viva de la vida eterna, una esperanza inimaginable, tan grande, tan maravillosa, tan poderosa que supera con creces cualquier otra esperanza común de la vida humana como son: el triunfo, el poder, la libertad, la gloria, la salud, la riqueza, la familia, el trabajo y la fama.

Las primeras comunidades de cristianos en la antigüedad en el siglo I, utilizaron la cruz en forma de ancla, como parte de la inscripción en sus tumbas de piedra, la cual representa seguridad, como símbolo de su esperanza de una existencia eterna.



Esta es nuestra ancla espiritual, segura y firme, que se fijó más allá de la cortina del Templo, en el santuario mismo. Allí entró Jesús para abrirnos el camino, hecho sumo sacerdote para siempre a semejanza de Melquisedec.

Hebreos 6, 19-20

La esperanza de la que se habla en los versículos anteriores no se refiere a la terrenal, sino a la celestial y el ancla como símbolo cristiano, por lo tanto, sólo se refiere a la esperanza de la salvación eterna.

La esperanza nos anima a vivir esperando en sus promesas y a sentir confianza en Dios, aún en medio de las horas más oscuras de la historia de la humanidad, aún en medio de las dificultades de la vida cotidiana, incluso en medio de las grandes contrariedades que encontramos en la realización de nuestra misión en la vida. La esperanza nos conduce a contemplar el futuro con confianza e ilusión, porque tenemos la mirada puesta en el Señor Jesús.

Cristo es la esperanza que no falla nunca, para aquellos que creen en él.

La actitud de la esperanza es la cualidad por excelencia que caracteriza a los creyentes de fe firme, porque saben que Dios es fiel y que Dios ha cumplido su promesa en la obra Redentora y de Salvación de Jesús nuestro Señor.

La fe

La fe es un proceso de acercamiento a Dios y de confianza en Él. La fe es encuentro, es comunicación, es amistad entre Dios y el hombre. La fe nos conduce hacia Dios, y nos une más íntimamente a Él.

La fe es un asunto íntimo y personal. Es una respuesta a la invitación divina por una decisión libre de la voluntad, que se realiza por la gracia de Dios. En efecto, en la respuesta de la fe la iniciativa es de Dios. Es su gracia la que nos ilumina para que podamos percibir con claridad la Verdad y adherirnos a ella. La fe es, pues, un don, una gracia especial de Dios que nos permite acoger las verdades y promesas reveladas.

Tener fe no es solamente aceptar la Verdad, sino adherirse a ella con toda la mente y con todo el corazón, actuando con coherencia y convicción según lo que la Verdad en las sagradas escrituras nos revela. La fe es una forma superior de conocimiento espiritual, que está más allá del conocimiento racional, pues nos permite acceder a realidades superiores a la capacidad de nuestro intelecto.

El amor

Si hay una necesidad espiritual del ser humano que sea vital para desarrollar plenamente su potencial como persona, esa es: amar y saberse amado por alguien.

El amor puro (ágape) es una facultad espiritual del ser humano, que según el filósofo español Joaquim Xirau, es además una realidad específica e irreductible, de carácter profundamente divino, que tiene como origen y fuente a Dios, su creador.

La fe y la confianza en Dios es un acto de amor y de humildad de nuestra parte.

El creer que el ser humano y todo el universo son obra de Dios, y que por ser su creación, nos ama profundamente y nos ha dado exclusivamente a nosotros su propio espíritu en forma de alma, es la piedra angular de la fe del creyente cristiano.

San Agustín ya decía: *“no hay razón más fuerte para el nacimiento del amor o para su crecimiento que el saberse amado, antes incluso de comenzar a amar.”*

El saberse amado por Dios y el estar seguro de él, es el primer paso del cristiano en su camino como creyente consciente. De allí, su enorme importancia en la vida de todos nosotros.

Por su gran amor a la humanidad, Dios descendió al mundo y se hizo hombre encarnándose en nuestro Señor Jesús el Cristo, su hijo, para enseñarnos con su propia actuación, palabras y ejemplo el plan salvación de Dios; para darnos su Gracia, su Misericordia, su Perdón, su Espíritu de las que tanto dependemos, y para mostrarnos el verdadero camino al Reino de los Cielos, es decir, a la vida eterna con Dios.

Por nuestra parte, hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor: el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. 1. Juan 4, 16

El Señor Jesús nos ha revelado el misterio de Dios Padre y de su amor para con todos nosotros.

Por eso la Buena Nueva que Jesucristo nos trajo y nos predicó, es la siguiente: saberse amado y salvado por Dios.

La venida de Jesucristo al mundo como Mesías y su gran obra redentora en el Calvario, son la esencia y la demostración suprema y perfecta del amor de Dios para la humanidad.

San Juan en su Evangelio en el versículo 3,16 lo dice claramente: **“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca”**.

Para conocer más y de primera mano sobre Cristo Nuestro Señor, tenemos en ésta Era de la historia el privilegio de poder leer en la Biblia, lo que Jesús dijo e hizo cuando estuvo entre nosotros, procurando, con confianza y buena disposición de nuestra parte, permitir que el amor de Dios llene nuestro corazón hasta el borde. La esperanza y la vida de fe de un cristiano se basan en la creencia y en la certeza de saberse amado por Dios.

San Pablo resalta la primacía del amor cristiano sobre cualquier otra virtud en su primera Carta a los Corintios:

En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande todas es el amor. 1 Cor 13, 13